

Por Alberto Omar Walls

*La vieja a veces bebía*  
Félix Hormiga  
Mercurio Editorial, 2017

La narración corta en Canarias estaría vacía de no existir la obra de Félix Hormiga. *El príncipe Tiqqilit, El Rabo del Ciclón, Aquí dentro hay un cuento, La noche mágica, Enigmas, El Tesoro de Lubary, La mujer que porta la lluvia, Rojo sobre negro, El delfín plateado*, son solo algunos pocos de sus magníficos títulos. Le había oído contar sus cuentos hace años, muy cercano a mí, codo con codo en un magnífico viaje con Paco Ossorio, arropados por Elsa López, siempre con gran maestría y sutil parsimonia, y cuando el escritor Félix Hormiga publicó no hará mucho un libro de gran belleza que tituló enigmáticamente *Assa*. Creo que en ese texto ensayó usar su voz más tierna, aunque a veces también airada y dolorida, donde nos relataba los vínculos y deseos en relación con lo evanescente. En el caso concreto de *Assa*, la voz que dice, que cuenta, que nos dirige y lleva a su antojo de un lado a otro de su cosmovisión poemagógica, es una voz no solo poética, es honda y atávica, inventando las sensaciones poéticas que reverberarán en la mente del lector.

En *Assa* ya juega a capricho no solo con el tiempo, también con las querencias y los dolores, por supuesto con los espacios y los seres anclados en las memorias pues como digo las sensaciones se entremezclan con las emociones, y estas cabalgan siempre con los sentimientos sobre las ausencias. Y

el mar, como no podía ser menos, el líquido de lo que todo nace y nos nutrimos... ¿Qué otra personalidad ha de representar la hermosísima *Assa* que no sea la de una sirena mítica, o una isla nacida desde el interior amniótico de una marmita volcánica, o la esquiva dama sublimada por el mejor cine de diosas del celuloide en blanco y negro? Tanto en *Assa*, como en este libro que hoy nos ha convocado aquí, uno ha de dejarse subyugar por las palabras que brotan de la voz susurrante del narrador. Hay que tomarse el tiempo necesario para paladear los sonidos junto a las imágenes reales o inventadas que surgen en la mente. En Félix se goza dulcemente con su tempo, con su ingenio, con su sabiduría, con sus tantos enigmas...

Entremos en el universo del libro titulado *La vieja a veces bebía...* No buscaré el darles las apoyaturas y los reconocimientos de las gentes que el autor conociera para inspirar la arquitectura de sus personajes. Esto le compete a Félix y no es la literatura en sí, sino su proceso de creación, pues forma parte del ancho y enrevesado mundo de la inspiración. Trataré de la obra tomándolo como un universo propio, total, con sus claves íntimas propias, y en él me mantendré.

La teoría newtoniana apunta al paradigma de que todo eso que vemos y tocamos, y nuestras propias vidas, viene dado por *un aquello anterior*, es decir una causa que produce un efecto. Pero ya sabemos hoy que la cosa no es así, pues lo que ocurre es que una potencialidad se materializa, y vista secuencialmente en el tiempo, crees que hay causalidad en el mundo, pero la causalidad en realidad está en la mente. Para ver tras las apariencias hay que trascender la identificación del ego y la mente, tarea nada fácil dada nuestras estructuras y atavismos mentales, sean religiosos, jerárquicos, de parentescos, económicos, etc., que hallan sus raíces en los muchos pasados y en algunas de las noches de los tiempos de nuestros antepasados. Si no fuera así, no podríamos nunca entender que la vieja que a veces bebía, es decir doña

Carmela, pudiera sacar de su embobecimiento emocional, estolidez o catatonía, a la buena de Carmen o Ifigenia en la página 39 del libro, donde se muestra luego que el cambio de nombre es sustancial para entender el ingreso en otro plano lumínico, en un nuevo bautismo. Pero claro está, antes le fue necesario a la vieja vivir su propio calvario oportuno y hacer el viaje tortuoso a través de su Laguna Estigia (es decir, en el libro coger el ferrys a Las Palmas desoyendo las voces de ultratumbas)... porque había que salvar a la criatura embobecida, atascada en el pozo emocional en el que había caído, para que así retomara el río de la vida.

Aquí siempre estamos en el juego de varios planos de información y contenidos, ¡siempre! porque donde aparece un sueño, es la realidad más meridiana; y donde parece real, la magia volandera te hace dar respingos y entrar por varias puertas a la vez, en la misma estancia, en el mismo pueblo, en las mismas y distintas personas (por supuesto, personajes) a la vez, simultáneamente vistos varados en una playa que lame y revuelve o trastoca los huesos de los muertos. Porque es importante saberlo desde el principio, que los muertos nunca mueren; porque todo es apariencia que se muta pero permanece, como la energía que solo se transforma para generar otras formas.

Este hermoso libro abunda literariamente en la teoría del centésimo mono o la masa crítica, pues una vez leída la primera página ya sabemos que todos los personajes estarán impregnados de un saber, de un cierto conocimiento que los trasciende porque les viene de viejo, de otros tiempos muy anteriores a ellos mismos y a toda su barahúnda social. La teoría del centésimo mono se simplifica en que una habilidad aprendida por una célula familiar de una comunidad (una hembra en concreto), se extiende más allá de ella una vez se alcanza un número crítico de iniciados; y aquí, en el libro, están todos iniciados en el dolor (como se cuenta en la página 35: “Hablaba con gente nueva y miraba hacia dentro de ellas y veía el mismo dolor que las

hermanaba”), y basándose en ese dolor que los emparenta, la vieja advierte “Te estoy viendo Casiano, te estoy viendo, pero yo debo seguir mi camino y tú bribón de cafetín, descansa tranquilo entre los corales”, porque los muertos están ávidos del calor humano, pero aún no es la hora y ella ha de cumplir su rito y misión. Y ella, la vieja sabia, estará “entregándole a Carmen la vida perdida (...) atando todas las cintas de la vida al alma...” (p. 38)

Hemos entrado por la puerta 35 del libro porque desde mi realidad múltiple fue la más atrayente por ser la de la curandería y, desde su valor simbólico, en Canarias, por ser una práctica muy antigua y extendida. Así como en *El lobo estepario* de Hesse, que al final el protagonista abre la puerta X y nunca sabremos qué encontró al otro lado, aunque las posibilidades sean infinitas, como dice la física cuántica, en esta puerta que digo, doña Carmela, la vieja a quien quizá acompañe un espíritu bebedor y, gracias a ese vinito ansiado, ella pueda deshinibirse de sus realidades del ego, y ayuntar conocimientos en comunión simbiótica con el espíritu que le da el poder de sanar. Porque la vieja sabe que ella solo es un conducto, un ser intermediario entre las cosas que se tuercen de las vidas, con sus tragedias auestas, y los que están del otro lado.

Pero vuelvo a abrir el libro y comienzo por el principio, como hay que hacerlo normalmente; y así podré ir mostrando algunas notas o elementos sustanciales que se desprenden de este torrente literario de 20 relatos y 144 páginas (delicadamente editados por Mercurio Editorial de Jorge Liria), y digo:

- Junto a la ironía evidente que se aprecia en todo el libro, en la página 9 nos muestra ya el narrador unas frases que lo señalan en su talante, por ejemplo: la “generosidad cristiana”; o el cambio doloroso (pero que no duele) de “dos galletas de pegar por dos galletas de comer”, para mostrar en este caso que subyace la ternura en el pañuelo del hermano de Jacinto.

Y en ese desbrozar de las muchas capas de la misma cebolla, se halla la vieja ley ancestral del tali3n, donde tiene las de perder el m1s d3bil, o, claro est1, all1 donde caiga la injusticia social. O deseo de perpetuar la especie, como cuando Romero en el lecho de muerte le dice en la p1gina 18 a Candito: “Cuida de ella, le dijo una tarde (...) Y le dice Candito apret1ndole la mano huesuda del muchacho: “Mientras yo viva no le faltar1 nada a tu hijo, ni a su hermanita.” Sin notarios, la palabra dada tendr1a de viejo el poder y valor de un juramento sellado con sangre.

Pero transitan elementos de las grandes emociones, como la ternura, el dolor de especie, la c1ndida generosidad, la humilde paciencia, la fuerza ancestral de las hembras y la mansedumbre, o laxo dejarse ir, de algunos machos, “pazguatos acomplejados” los llama el que narra en la p1gina 29; pero claro est1 cuando lean el libro ver1n que son multitud las emociones, sensaciones, sentimientos y las insinuaciones visuales, pict3ricas o cinematogr1ficas, y algunas tremebundas, como en *El vuelo de la abubilla*, de la p1gina 61, donde se cuenta la historia de las dos hermanas, Petra y Mar1a (seres nacidos de lo maravilloso), junt1ndose niñez a1orada, magua de un don perdido, y las crueldades de quienes se creen poderosos con la ley, justicia e instructores en sus manos, y, quiz1 por cre3rselo, lo son y las ejercen. Por el contrario, el pobre cree que nunca puede salir de su cerco, y la vida le da la raz3n, dej1ndolo encerrado en s1 mismo. Estos son algunos aditamentos que se les hecha a los sancochos literarios...

Las cosas f1sicas tienen cantidad de adjetivaciones, como lo demuestra entr1ndonos en la historia de la *Vieja beb1a a veces* (que da t1tulo a todo el libro) porque ella es vidente, curandera y alma madre de unas gentes de pueblo profundo, y sabe de todos cuando el narrador cuenta que “el aire lerdo del puerto se despertaba con las sirenas de las f1bricas de conservas” (p.21). Es cuando la vieja saldr1a por peteneras insultando a las trabajadoras; o la propia

vieja, por poseer muchos y valiosos dones, con benevolencia pone en relación las penas de los vivos con las ausencias de sus muertos, haciendo las veces de un libro akásico del entorno, pues repara con su memoria los andares desconchados de las vidas de los otros; porque muchos, según se narra con magníficas cabriolas semánticas “perdían el río de la vida”, o “se fueron a morir”, como Indalecio el hermano de Ciriaca, porque ella siendo tan mayor no vale la pena que recupere la vida (p. 26); por eso, teniendo a la vieja como instrumento de narración (y ordenadora espiritual de tantos desconciertos), se van desgranando palabras tan sugerentes como, “aprieta mi mano, átate de nuevo al cordón de la vida” (p. 27), o que Adela “Me mandó un beso para ti, justo aquí donde nacen las lágrimas, para que a ti, Ramón, no te bajen nunca”.

Y el “llorar para dentro” (que se afirma en la p. 37) puede ser uno de los elementos causantes de la magua, elemento sustancial que transita por todo el libro adoptando diferentes formas y hallazgos. La magua, se define como “pena, lástima, desconsuelo por la falta, pérdida o añoranza de algo o alguien”, eso en Canarias; y en Cuba o Puerto Rico (estamos siempre en muchos trasvases semánticos de ida y vuelta), la magua se trataría de “una decepción o impresión desagradable que se experimenta”. En la acupuntura descubrí que el sentir o experimentar el chasco o decepción por algo o alguien, se agarra en el cuerpo en determinados órganos y vísceras, talmente el chasco en el intestino delgado; pero están también los siete factores emocionales que son las cuestiones mentales relacionadas con cada emoción: la alegría, ira, melancolía, preocupación, pena, miedo y susto. Para la medicina oriental, las siete emociones reflejan un estado mental ante los juegos de la vida, porque si las emociones son muy intensas, o si se es hipersensible a las influencias externas, ellas pueden influir nocivamente en la relación cuerpo, mente, emoción y espíritu, lo que llevará a la enfermedad. Se sabe que la ira daña al hígado, el susto y la alegría excesiva dañan al corazón, la pena y la melancolía dañan el

pulmón, la preocupación daña el bazo-páncreas y el miedo daña el riñón; por tanto la pena acumulada, melancolía y preocupación pueden causar disfunción del pulmón, bazo-páncreas y el estómago. Sobre todo el peso recae en el pulmón que es el órgano de la pena, de ahí quizá esos suspiros tan hondos que algunas damas de edad ya avanzada sueltan cuando están en las salas de espera de los médicos. Van allí ahítas de penas, de decepción acumulada, de maguas adormecidas por el tedio..., y necesitarán coger a menudo aire que llevar a sus pulmones y cerebros comprimidos, entecos.

Aunque la vieja Carmela, que a veces bebía, después de venir de la práctica de una generosa y grande santería, afirma en la voz interna del narrador de que “nadie protege a nadie” (p. 40), mientras asiste con embeleco al magnífico paralelismo entre la lucha por la vida y la muerte, simple o rutinaria, de un pequeño pez volador que se clava en el mástil del barco; y es ahí donde el narrador acepta la falta de emociones del gran sentir de la Vida (con mayúscula), porque le reprocha a la vieja sabia de santería popular que ella debería saber de tiempo que cuando un hecho se produce se produce y ya está, sin más complicaciones de fin último o emociones. Creo que ahí pudiera estar la clave profunda de todo el misterio de la existencia que el libro quisiera mostrarnos, deambulando entre los sueños y las realidades, los muertos y los vivos, los recuerdos y las premoniciones, *está el que las cosas ocurren y ya está*. Me remito a la p. 40, cuando el narrador dice: “La imagen del pez entrando en la muerte la confundió, pero no supo sacar de ello lección alguna, como si aquel hecho no tuviera ninguna utilidad, si acaso algo que la remitía a que la vida no fuera necesaria, sino un momento expuesto a un accidente que la truncara sin más.” Pero ella sí sabe que la muerte “aparece cuando menos la esperas” (p. 41), y eso siempre para ella tiene un significado, por eso está atenta y vigila las señales... y también sabe que es cierto que la vida cotidiana está llena de señales.

Un hermoso relato que transita sobre las apariencias y la potencialidad de la cuántica, de que las cosas las creamos cuando son necesarias tenerlas, se da en la p. 45 cuando comienza la vista del joven marinero, Manuel, jugando con el mundo de las apariencias, cuando se acerca a la isla que crece a medida que se aproxima a la orilla su barco, para comprar en una tienda que no existe sino cuando es necesario que exista y se pueda comprar el regalo perfecto para la mujer que se ama, aunque sea a un precio módico exacto y justo que ni siquiera él recordaba pero que llevaba las monedas contadas en el bolsillo de su pantalón. ¿Para qué volver al lugar donde las cosas te fueron favorables, donde una vez fuiste feliz, y, en mi caso no escuché tan sabias palabras?, es cierto alguien me lo dijo hace muchos años, no vuelvas nunca a ese mismo lugar, porque ya no estará allí...

Continuemos revisando las casillas de los 22 relatos, que por supuesto seguirán tratando del destino, de los celos, del sexo y la muerte, de las baritas mágicas, de que la muerte no existe, de que todos tienen niños, de los pasados dilatados que se viven como presente en la propia mente, porque “La abubilla madre vuela cerca del nido, desplegando sus alas doradas y negras” (p. 63)...

Las imágenes, metáforas, sinécdoques, metonimias... Están presentes siempre las imágenes literarias como expresión de todo un mundo sensorial, de todos y cada uno de los sentidos. Las imágenes inundan el texto; la magia y las apariencias esconden un don o una verdad superior; y no solo a través de los contenidos sugeridos o los denotativos, sino en el propio lenguaje urdido como argamasa a base de puertas y compuertas metafóricas que se abren y cierran y nos dejan ver múltiples informaciones, como cuando los espejos se enfrentan entre sí, que van reconstruyendo la urdimbre total del libro, que no acaba una vez lo hayas leído, porque sus personajes y sus ecos siguen retumbando en la memoria.

¿Verdad que nadie duda de la magia cuando lees las mil y una noches, ya desde la noche 9 y antes? Pues algo así te ocurre cuando terminas de leer el primer cuento, *Hermano de Jacinto*, y no digamos cuando te sumerges en la auténtica sabiduría popular, de evidente valor paranormal, o en los artificios de juegos temporales (cuando Petra, estando en la cárcel, entra y sale y obliga también al lector a hacerlo, transida de dolor, y a capricho a través de las ensoñaciones de infancia); pero no siendo juegos del tiempo, pues es el mismo presente dilatado por la mente a través de la magua y el dolor de especie (ya sin dolor)... Pues las cosas ocurren siempre en el mismo presente que no acaba de suceder, aunque los escritores nos empeñemos en escribir de los pasados, pero solo existirá el Presente...

Cuando aparece la muerte, sea la de Petra o la de cualquier otro, en *Tres tumbas* por ejemplo, el tiempo detenido se agarra a un reloj temporal aunque, aparentemente, no pasen los años... Antes, mientras acudían ensoñaciones y recuerdos, todo es presente; aunque, en verdad, como digo, vistas con mucha distancia, los tiempos de la existencia sean siempre el presente... Si miramos hacia la mitad del relato de la abubilla, cuando el tiempo del pasado se hace realidad cruel, tirana, mostrando la gran injusticia cometida contra las dos hermanas a través del asesinato de Mari Cruz, o por voluntad del juez manzagatos..., o cuando se va más atrás de manos del narrador y revivimos la magia bella, vital e inmortal de la infancia en un trío compuesto por su hermana, ella y la abubilla..., esas ensoñaciones en el presente que nunca acaba de suceder, son bálsamos de la niñez en la mente de un adulto, comodines del dolor..., y ahí ves plasmado cómo se reproduce un hermoso cuadro barroco místico, en entorno cruel...

Todo parece ser, o son o no lo son, sueños o ensoñaciones. Dice Ramanansa, que el sueño tiene tres niveles: el sueño, el sueño con sueño y el sueño profundo (en que entramos en contacto con el Sí mismo); y Pancho

resueña que su mujer no quiere enviudar mientras él está en su lecho de muerte, cerca cerquita de irse a fusionar con su Ser interior.

"Cruza por el intangible", mientras la sonoridad eléctrica, fonética del texto nos hace recordar a Valle-Inclán con sus juegos acústicos de los fonemas; cuando por ejemplo nos dice el narrador que "Pancho siente un frío seco", y parece, por aliteración, que los ronquidos, los estertores, son del quemarse lentamente en los juegos de los recuerdos, y acaba tragándose el barco de su vida Pero leo (p. 76): "Pancho siente un frío seco poblando la caverna de su boca. Llega a sus pulmones un aire aburrido de la esterilidad faríngea. Un brisote que le golpea los bronquios de sirocos asfixiantes. Secas, las cuerdas vocales, solo reproducen un sonido agónico de liñas al viento, jarcia hundida en su pecho que clava lo óxidos de alambres desbreados. ¡Ferruge, coño!, dice, no con la voz sino con la memoria." Luego, "un barco baja"... y de pronto, quien narra, quien nos cuenta esta y otras historias detenidas en el ambiente de esa tierra de polvo, mar y muertes, te las trae al tiempo tridimensional, brusco, inmisericorde, y, después de llevarnos con él por los territorios de su niñez y la hombría, tragándose de últimas todo el barco de su vida, nos acaba diciendo: "Pancho abrió la boca de manera desmesurada. Amelia pensó que había gritado, pero en realidad no hubo sonido alguno. El barco había bajado no se sabe de dónde y se mecía tranquilo en un mar de sangre quieta." (p. 81).

Y aunque late soterrado el dolor que no acaba, como el dolor de Petra, marcado por "un surco mate" (p. 80-81), las nostalgias, rebeldías y encuentros mágicos vuelven también a veces envueltos en humor..., porque también ese don lo puebla todo desde el principio, pero es áspero, sorpresivo, utilizando los objetos ajenos y cercanos para connotar una cualidad de las almas, y no siempre llega a metáfora, aunque la roza, sino que enfrenta los conceptos a través de objetos aparentemente cercanos aunque disímiles, y van bailando los hechos vistos, recordados o imaginados, unos con otros, en medio del aire (que nunca

se ve) pero que transporta la milagrería con la que todos y cada uno reviven sus vidas en los altares del poder infantil, del bastón de mando, o en medio del himno sosegado del sexo. Así observamos cómo todos los elementos consustanciales a los relatos se decantan por resumirse en uno de ellos que por demás parecerá cabalgar sobre el lomo de la ola de mar más grande sugerida por la literatura, y lo comprobamos desde la página 85 en el relato que lleva por título "Mi casa": "Mi casa se hizo de pequeños maderos venidos de la distancia última del mar.(...) A la entrada de mi casa mi madre colgó un cartelito de azulejo en el que se leía: 'Mira, escucha, observa y calla', Y durante mucho tiempo mi casa tuvo la misma mudez que los pueblos ateridos por el frío del bestialismo."

Muchos de los relatos se entrelazan o se cruzan deliberadamente, o cuánticamente, por los personajes, por sus nombres y alusiones, por las ansias del deseo sexual, por las maguas, añoranza u obstinación, o deuda con alguien a quien se siente mágicamente unido, o por el número de hermanos y las familias: mi madre, mi tía..., o por comparaciones serias y distantes, "la paciencia del cazador", por los labios morados, por los laberintos de vidas narradas que se reúnen en el laberinto de Cnosos (p. 96), y, por supuesto siempre por el mar, sea telón de fondo, sustancia o marmita que cuece muertos o que reporta conocimiento y alimento, y las vueltas permanentes a la hermandad de los hermanos, el menor, el mayor, el tercero, como de los hermanos de madre, "yo, el tercero" (pp. 98 y 99). Y hay continuidad en el hilo de ideologías (los guardias, el funcionariado, los caciques y poderosos: p. 104) y la fuerza espiritual, como en Pedro Ginés...

Y el tiempo, ah el padre tiempo de nuestra tercera dimensión o cuarta según se mire; el tiempo es de vaivén, de va y ven, de sube y baja, de jugar a los dados, al guirgo, al escondite infantil, o al suértula... El tiempo es múltiple y hasta no-tiempo, como en la física cuántica, como en la filosofía budista, o en el

mundo de los sueños cuando transitamos por la dimensión astral o el tiempo de los muertos... donde se sueña que se duerme junto al hermano. Es ciertamente el vaivén de la barca de un niño balanceándose en el columpio infantil, o del péndulo del reloj viejo de pared de casa antigua y gentes de viejo provenientes de otros lugares; el reloj traído de lejanas tierras o hallado entre los arrecifes por el hijo pescador del tendero mágico y luego, arreglado, recompuesto con piezas de otros objetos o relojes; sonarán sus campanadas sordas a pesar de tener las manecillas paradas... y alguien irá a comprarlo cuando se necesite.

Memorias, maguas, tristezas... sueños, juntura de vivos y muertos, sin mediar muchas lindes... como aquí mismo, entre ustedes y nosotros y los que nos han venido a ver y oír al Ateneo, tal día y hora de hoy, 26 de enero ocho y media de la tarde, y que estarán por ahí..., sentados o de pie, adosados a las paredes (ocultos entre sombras y cuadros) para presentir lo que de ellos hablamos, porque recordarles los liberará de sus melancolías y tristezas y así podrán continuar el camino infinito del universo abierto... Pero no los vemos, y por eso ahí estarán porque sabían que todo el tiempo de reloj estaríamos hablando de ellos..., se llamen como se llamen, todos son Uno: de Petra, María, Nivario, Hermano mayor, Carmen, Manuel, Sajorín, Tres tumbas, mi madre, Carmela, Ramírez, Pancho, Candelaria... ¡a todos y todas, sin distinción de buenos y malos, que la literatura los libere;